

RETABLO DE NUESTRO TIEMPO: GLOBALIZACIÓN Y REFRACCIÓN DE IDENTIDADES

HIGINIO MARÍN PEDREÑO*

RESUMEN

El mundo ha dejado de ser el escenario estable sobre el que tenían lugar las transformaciones y se ha convertido en la dimensión variable de los acontecimientos. Su velocidad de cambio es muy superior a la de las personas y las comunidades que se refugian en ideologías identitarias. La reedición de las tradiciones tiene, no obstante, la aspiración de mantener la idea de progreso y de ahí el corte “d-evolucionista” de las ideologías ecologistas, nacionalistas y hasta progresistas, cuya nueva convergencia es un signo de nuestro escenario cultural y político.

Palabras clave: Cambio, Identidad, Tradición, Evolucionismo, “d-evolucionismo”, Progresismo, Ecologismo.

The world is no longer the stable stage upon which transformations take place and has become the variable dimension of events. Its rate of change is far superior to that of the people and the communities who take refuge in identity-conferring ideologies. The regeneration (reiteration) of traditions has, however, the objective of maintaining the idea of progress and, the “de-evolutionist” style of the environmentalist, nationalist and even progressive ideologies, whose new convergence is a sign of our present cultural and political stage.

Key words: Change, Identity, Tradition, Evolutionism, ‘de-evolutionism’, Progressivism, Environmentalism.

A continuación se proponen cuatro aspectos que —como las escenas de los antiguos retablos— quieren servir como motivos o argumentos para una meditación conjunta. No es posible avistar nuestro mundo de un sólo vistazo y se nos hace imprescindible la pluralidad de visiones precisamente porque uno de los rasgos que lo caracterizan es su peculiar invisibilidad: nunca nos ofrece un escorzo definitivo, seguramente porque, en muy buena medida, ha dejado de ser “nuestro” en tanto que abarcable y ha dejado de ser “mundo” en tanto que identificable y unitario.

* Universidad CEU Cardenal Herrera.

1. EL MUNDO COMO FLUJO Y LAS NUEVAS IDENTIDADES

Expresiones como “el mundo cambia deprisa” se hacen antiguas a fuerza de verdaderas, entre otras cosas, porque evocan la idea del mundo como un marco de referencias estables que permite apreciar la rapidez de los cambios. Pero eso que llamamos *el mundo* ya no es el fondo firme y constante sobre el que se destacan los vertiginosos cambios, sino el cambio mismo. Antes los hombres y las naciones tenían, por así decir, una velocidad de cambio superior a la del mundo que les servía de marco de referencia para comprender las propias transformaciones. Pero esa relación se ha invertido y hoy la velocidad punta de cambio del mundo es muy superior a la de las personas y las comunidades. Tal vez por ello hasta el último tercio del siglo XX los ideales políticos occidentales se resumían en diversas propuestas para cambiar el mundo, mientras que ahora mas bien se resumen en fórmulas para quedar a salvo del cambio constante del mundo.

En nuestro tiempo ha cambiado la valencia cultural y política del cambio del mundo. El viejo lema marxista de que hay que dejar de contemplar el mundo y aprestarse a transformarlo ha perdido todo su atractivo y hasta suena hoy un tanto intimidatorio: el mundo lo que necesita es que lo conservemos. Y es que en el seno mismo de la civilización que más energía ha dedicado a cambiar el mundo para hacerlo mejor, ahora nos parece que el mejoramiento implica necesariamente su preservación. En particular los cambios físicos se nos imponen como amenazas que hay que afrontar: el cambio climático y el calentamiento global, la disminución de la capa de ozono, los cambios de los cursos fluviales, la desaparición de selvas y especies. Y otro tanto cabe decir respecto de la desaparición de culturas autóctonas, de lenguas vernáculas, de tradiciones locales y singularidades culturales.

Hace tiempo que la literatura utópica dejó de inspirarse en el paraíso para dedicarse a presagiar futuros infernales. Desde que Orwell y Huxley convirtieron el futuro utópico en una metáfora infernal, nos parece que a los antiguos ideales lo peor que les podría haber ocurrido habría sido que se convirtieran en realidad. Dante lo profetizó cuando hizo consistir el infierno de la *Divina Comedia* en el cumplimiento de los deseos de los condenados. A su imagen y semejanza las ideologías paradisíacas del siglo XX entrañaban oculta una terrorífica posibilidad: que se logran llevar a término porque los paraísos soñados encerraban infiernos reales.

Ni siquiera la idea de que a la grupa de los cambios cabalgan los avances tecnológicos y científicos que empujan el inmenso progreso material de nuestras sociedades, ha sido suficiente para conjurar los efectos del último giro copernicano de nuestra cultura: no son los hombres y las naciones los que giran cambiantes en torno a la referencia estable del mundo, sino que es el mundo el que más rápidamente se transforma y nos arrastra en su vertiginosa mutación. Ahora el mundo no se parece al lecho estable sobre el que discurrían los cambios sino que se ha convertido en un fluido, de modo que, en cierto sentido, se ha hecho tan informe como los océanos. Y de ahí los esfuerzos por recomponer los restos de la naturaleza y de las cul-

turas locales como si de los hallazgos de un gran naufragio se trataran. Para poder vivir en un mundo que cambia en casi todas direcciones, muchos de los antiguos protagonistas de los cambios —los hombres y las naciones—, necesitan anclarse y flotar en el flujo transformador. Algunas de las ideologías contemporáneas ofrecen esas *arcas de Noé* donde poner a salvo lo primordial; y con frecuencia, las nuevas identidades sociales, culturales y políticas que suscitan tienen los rasgos de la tripulación y el pasaje del arca de Noé: genealogía y ecología¹.

Las ideas de linaje o tradición —física, cultural, lingüística, etnológica— y de entorno —geográfico, urbano o ecológico— son dos de los ejes dominantes en la formación de nuevas identidades colectivas, sobre todo entre las que tienen una vocación más netamente política. Y en ambos casos dichas identidades se presentan más como lo que hay que conservar y poner a salvo del cambio que como la meta de un proyecto de transformación del mundo. Incluso su invención reivindica un carácter conservacionista. Las utopías contemporáneas se han hecho preservacionistas y las agrupaciones identitarias no surgen en torno a proyectos sino a genealogías, si bien es cierto que de ordinario se trata de genealogías de libre asociación.

2. LA MOVILIDAD DEL TERRITORIO

Es bien sabido que el estado moderno —aunque depositario todavía de inmensos recursos— se resiente en la nueva situación y le ha pasado lo que a Gulliver en sus viajes: se las tiene que ver con gigantes globalizados o con enanos locales, y en ningún caso parece jugar con excesiva ventaja. Sin embargo, no se trata sólo de que muchos de los procesos más decisivos en el mundo contemporáneo sean demasiado grandes o demasiado pequeños para la mayoría de los estados; sino de que el conjunto de situaciones y procesos que los envuelven contienen simultáneamente ambas medidas. No hay proceso de alcance global que no contenga episodios locales y éstos a su vez no son casi nunca excepciones singulares. De ahí que el estado y su eficaz predominio como agente del poder político, militar y económico se matice sin cesar víctima de un síndrome bipolar de exceso y defecto que es sintomático de la aparición de nuevos agentes y escenarios.

Buena parte de dichos cambios se ponen de manifiesto en unos lugares de enorme densidad simbólica para los estados modernos: las fronteras, el lugar mágico en el que se tocaban sin intersticios dos espacios saturados por el poder de los megasujetos del poder que simbolizaban los estados. Traspasar una frontera era como una transubstanciación política: aunque los accidentes parecieran los mismos, el sujeto se había modificado radicalmente. En cierto sentido, pues, hasta se podía definir al estado como el sujeto político que era capaz de *poner a raya* a los demás, impo-

1. Ambos aspectos están implicados en lo que Luc Ferry llamó *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, Barcelona, 1994.

niendo el orden hacia dentro de sus fronteras y repeliendo hacia fuera cualquier dominio ajeno. En la actualidad, ni pueden retener dentro de sus fronteras a las grandes corporaciones industriales que se deslocalizan, ni mantener a raya los flujos migratorios que desbordan su poder de docena en docena. Por no hablar, por ejemplo, de la mundialización de los mercados financieros o del presumible alcance planetario de las epidemias facilitado por la porosidad de un mundo interconectado.

Pero la antigua representación cartográfica del poder de los estados mediante manchas uniformes de color que limitaban entre sí dibujando contornos nítidos y precisos, no pasa de ser hoy una ficción de dudoso valor pedagógico. Si hubiera que realizar una cartografía contemporánea de los poderes y las referencias decisivas habría que consultar a los meteorólogos y aprender a hacer mapas de zonas de altas y bajas presiones de considerable movilidad.

Ya no son los contornos delimitados sino la degradación en sinuosas curvas de nivel lo que permite hacerse una idea de las diversas densidades significativas del espacio. Además los centros se multiplican y segmentan de modo que no son los mismos los focos mundiales de la industria de la moda, que los centros financieros o los polos de atracción turística, los foros de decisión política o los de innovación tecnológica. Y en cada uno de esos ámbitos la cartografía más decisiva es la constelación que forman entre sí los lugares de referencia cuya imbricación deja muy en segundo plano las fronteras territoriales de los estados. Por eso la lucha por el poder ya no es una guerra por el territorio, ni se trata de garantizar nuestra presencia y dominio en el espacio, sino en el tiempo y en particular en el tiempo mediático. Si el mundo se ha convertido en un flujo es porque el cambio se ha hecho la forma general de lo real y el poder ha dejado de ser una posición para convertirse en un acontecimiento. Por eso la escenografía del poder ha dejado de ser arquitectónica y se ha transformado en una escenografía mediática. Vivimos un mundo en el que la geología del poder es sumamente móvil y surgen cimbras y simas casi con tanta rapidez que ponen a prueba nuestra capacidad de asimilación.

Hace penas unos años el mundo estaba dividido en dos bloques cuando uno de ellos se desmoronó y la amenaza pasó a estar localizada en microagentes organizados en franquicias de reivindicación de autorías. El nuevo terrorismo expresa bien los rasgos típicos de los agentes políticos en esta nueva situación: lo peculiar de la nueva amenaza global es tanto la indeterminación del riesgo y de sus objetivos, como la ilocalización del enemigo. La amenaza de acciones terroristas permanece indefinida; es más, su forma de permanecer y no diluirse es precisamente su indefinición: alcanza por igual cualquier lugar y ocasión, a muchedumbres o a individuos dispersos, combatientes o no. Ante semejante estado difuso de amenaza constante, los estados despliegan todo su poderío tecnológico militar, en el intento de dar una respuesta proporcionada que, no obstante, resulta al tiempo ineficaz y desproporcionada.

La inutilidad de lo excesivo² es un rasgo nuevo de las estrategias y medios de defensa que pone de manifiesto que el nuevo tipo de amenazas sobreviven en la inevitable fluidez comunicativa de nuestro mundo. No es en regiones remotas donde cabe localizar el peligro, sino en los canales para los tráficos financieros, en las ciudades y los campus más internacionales, en las llamadas redes y autopistas de la comunicación, en los breves y masivos flujos de desplazamientos turísticos y profesionales. Las fronteras se han vuelto líquidas. De ahí que las estrategias defensivas no puedan ya confiarse tanto a la impenetrabilidad de escudos como a la capacidad discriminadora de los filtros. Si hemos pasado de la época de las guerras de las galaxias y los escudos de súper misiles a la de bolsas de aseo transparentes con recipientes de cien mililitros, es porque la defensa depende más de la capacidad discriminadora que de la potencia disuasora. Y si la nueva amenaza global exige sistemas de defensa capilarizados precisamente no es sólo porque la más destructiva de las tecnologías cabe en el equipaje de mano, sino porque dicha disponibilidad tecnológica y la porosidad comunicativa de nuestro mundo convierten al sujeto individual en una potencial amenaza global, de modo que los estados han dejado de poder ajustarse las cuentas entre ellos.

Consiguientemente, el mundo se ha hecho mundial porque casi cada lugar está en contacto con todos los demás: las fronteras ya no son lugares exteriores y cada sitio guarda en su interior una frontera mundial abierta por la televisión vía satélite, un aeropuerto internacional, la red de telecomunicaciones, las consecuencias del cambio climático, etc. El antiguo patrón cultural para la organización del mundo, a saber, la ciudad, ya no se sabe si le sirve de paradigma o de reflejo. La milenaria tendencia occidental a urbanizar el orbe ha llegado a tal punto de saturación que más parece que el orbe le haya dado su forma propia a las urbes, ahora compuestas por redes pluricéntricas de conurbaciones extensas y discontinuas.

La Revolución industrial —y la máquina— dio lugar a concentraciones de población, capital y tecnología en torno a los centros fabriles en los que tenía lugar el proceso productivo unificado espacio-temporalmente por la máquina. La actual desagregación espacial de los diversos aspectos del proceso productivo se sostienen unificados temporalmente gracias a los nuevos recursos de la tecnología informacional, que posibilita la disgregación espacial de las ciudades en núcleos espacialmente discontinuos y temporalmente unificados.

Consiguientemente, el espacio social ya no se ordena según relaciones de posición, sino según relaciones de precedencia y sucesión en los nuevos procesos productivos que son, en lo sustancial, de índole cognitiva. Por eso las ciudades han decaído como centros de confluencia de la mano de obra, las materias primas y el capital atraídos todos por la unidad física de un pro-

2. Es una idea de Habermas en Borradori, G., *La filosofía en una época de terror*, Taurus, Madrid, 2003.

ceso productivo dependiente de su mecanización. Por el contrario, las ciudades actuales evolucionan hacia conurbaciones extensas y discontinuas arracimadas en torno a vías de comunicación que vertebran el nuevo mosaico de dominios urbanos privatizados³. Las ciudades ya no son los extremos que unen las vías de comunicación sino lo que se extiende y prolifera en torno a las propias vías, que más que comunicar dan su forma propia a lo comunicado, casi como una perfecta metáfora física del principio de que el medio es el mensaje. El espacio casi ha devenido en tiempo y la distancia se mide más en unidades temporales que en las tradicionalmente espaciales.

Pero además las mutaciones de la ciudad afectan muy decisivamente al mundo porque propiamente hablando “ciudad” era el lugar en el que el mundo se nos hacía disponible, y consiguientemente el “mundo” era la forma y el contenido de esa disponibilidad lograda desde la ciudad: en realidad urbe y orbe siempre han coincidido dándose una a otra su forma y por eso las ciudades eran, en tanto que tales, el centro de un mundo que no existía sin dicha centralidad de referencia.

3. LA HIPERMEDIATIZACIÓN Y LAS SOLEDADES COLECTIVAS

El poder sincronizador de las nuevas tecnologías respecto de las etapas del proceso productivo han implosionado la idea de centralidad espacial. El centro ha perdido sentido como el lugar de la menor equidistancia entre dos puntos porque la accesibilidad de los lugares entre sí es casi inmediata, especialmente en el ámbito de las telecomunicaciones. Dicha simultaneidad multidireccional en las comunicaciones multiplica y retrae los espacios públicos para el encuentro hasta privatizarlos en los terminales domésticos de los usuarios. La tendencia surgida en los Estados Unidos de los años cincuenta de convertir los espacios privados de los centros comerciales en los lugares de confluencia, era solo un anticipo de la privatización de los espacios públicos que han posibilitado las tecnologías de la comunicación. Ya no es preciso un lugar que medie y posibilite el encuentro porque la comunicación es simultánea y múltiple en todas direcciones. En comparación con la capacidad de simultaneidad multidireccional de las nuevas tecnologías el lugar físico se presenta más bien como una restricción de la concurrencia posible.

Pero, en contrapartida, tampoco tiene precedentes la colonización mediática del espacio privado cuya textura necesita ser redefinida. La formación de multitudes emotivas mediante conmociones mediáticamente inducidas es un fenómeno nuevo que pone de manifiesto la peculiar mezcla de aislamiento y comunicación que tiene lugar en el sujeto contemporáneo. El encapsulamiento doméstico de lo público tiene también efectos sobre el ciudadano que limita sus comparecencias públicas a los desbordamientos masivos efecto de una conmoción mediática. A semejanza de la confluencia de

3. Cfr., Borja, J., y Castells, M., *Local y global*, Taurus, Madrid, 1997.

soledades que produce el consumo en los centros comerciales, el ciudadano-espectador se informa y entretiene en un espacio de soledad habitada por las mismas e idénticas imágenes que el resto de sus conciudadanos.

Por otra parte, la hipermediatización de los acontecimientos configura multitudes emocionales tan intensas como efímeras. Dichas multitudes con frecuencia dan forma a movimientos que sirven de argamasa para la reorientación de sensibilidades políticas hacia nuevas identidades colectivas. En ese contexto el deporte y las intensas pero intermitentes comuniones afectivas que se generan en torno a los acontecimientos deportivos, han servido de patrón para la definición de identidades de relevancia política y cultural. También en este sentido la identidad contemporánea ha dejado de ser una definición para asemejarse más a un acontecimiento o, mejor, a nuestro quedar incluidos en la dinámica de un acontecimiento que nos asocia sin por ello comprometer el reflujo hacia lo privado y solitario de la existencia individual.

No obstante, lo privado ya no puede ser concebido como el espacio al que le falta lo común porque lo público casi solo está disponible desde las tecnologías domésticas de telecomunicación. Los parlamentos, por ejemplo, no son más sino mucho menos accesibles como lugares físicos que como puntos de emisión de una señal indefinidamente multiplicable y cuyo destino son los monitores de televisión de los domicilios privados de los ciudadanos. También el escenario político ha sido capturado por los medios de comunicación, de modo que cualquier actuación o discurso precisa de la potencia mediática para cobrar las dimensiones de lo político. Propiamente ya no hay acciones de relevancia política fuera del encuadre de su multiplicación mediática.

Más todavía: en nuestro mundo la certeza —es decir, la certificación— de lo real viene dada mediáticamente: un testigo ocular del atentado del 11-S en Nueva York contaba que tras ver estrellarse los aviones contra las torres gemelas, acudió corriendo a ver la televisión para poder terminar de creerse lo que acababa de presenciar por sí mismo. Y es que las instancias sociales de certificación trazan el mapa de lo verosímil pues lo real, incluso lo real físicamente expuesto, precisa de una fijación y acreditación social. Los hechos son completamente insignificantes sin su interpretación, y ésta contiene una decisiva potencia certificante de modo que casi no podemos creer lo que vemos hasta que mediante la comprensión de su alcance y significación nos es dada la certificación de su índole de realidad. Entre nosotros el certificado de realidad se expide mediáticamente y nos fiamos más de la realidad manipulada que de su entrega bruta. La noción de acontecimiento incluye necesariamente la de su comparecencia en los medios de comunicación, hasta el punto de que su incomparecencia nos haría dudar pues, en sentido estricto, aunque hubiera ocurrido sería realmente dudoso que hubiera acontecido.

Otro tanto les ocurre a los personajes públicos. Los medios de comunicación operan como las antiguas máscaras del teatro grecorromano: ha-

HIGINIO MARÍN PEDREÑO

cen visible y caracterizan al personaje al que ayudan a que se oiga su voz. Sin sus máscaras, es decir, sin los medios que multiplican su voz y hacen reconocibles sus rasgos, el político contemporáneo no puede representar ninguna función social. Del otro lado, el ciudadano se asemeja al público en las representaciones teatrales antiguas, de modo que la ciudadanía activa comporta una inevitable dimensión de expectación mediática que genera la espectacularización de lo político (y de lo real). Pero a nadie se le oculta que la dependencia comunicativa del personaje político entraña un cierto enmascaramiento mediático que ha vuelto endémicas las sospechas respecto de lo político y sus agentes.

Por otra parte, el mundialismo de las comunicaciones físicas e informacionales globaliza también el miedo y sus causas: las epidemias, el terrorismo, las armas de destrucción masiva, los deterioros ecológicos del planeta. Los virus informáticos o biológicos circulan a la misma velocidad que la información, las personas y las mercancías y sólo un poco más lentos que el miedo que les precede. Las turbulencias financieras se propagan por ondas más veloces que las físicas. Los glaciares y las masas polares sufren las emisiones de gases contaminantes procedentes de las áreas templadas del planeta. Cada vez resulta más difícil hacer algo sin consecuencias. De ahí el creciente protagonismo que instituciones de carácter planetario como el Banco Mundial, la Organización Mundial de la Salud, el Tribunal Penal Internacional o Naciones Unidas tienen en los medios de comunicación globales. En todas esas instituciones y, todavía con más razón, en las justificadas denuncias acerca de su inoperancia e insuficiencia, se pone de manifiesto que para vivir en el mundo se nos ha hecho imprescindible el mundialismo de las alianzas, de la petición de responsabilidades, de la gestión de los riesgos y de la comunicación. El mundo se nos ha hecho mundial.

4. LA REFRACCIÓN DE LO GLOBAL EN LO LOCAL: EL DEVOLUCIONISMO

No obstante, lo curioso del caso es que una de las formas de mundialización del mundo es la revitalización ideológica, simbólica y afectiva de lo local, casi su reinención temática. No es que los parques temáticos imiten y tipifiquen la realidad, sino que ésta se ha vuelto temática, o lo que es lo mismo, objeto y efecto tipificado de una focalización ideológica, mercantil y mediática con gran capacidad difusiva. En efecto, para muchos de nuestros contemporáneos la revalorización de las señas identitarias de comunidades menores expresa un horizonte atractivo capaz de movilizar las preferencias de poblaciones significativas. Con frecuencia se trata de comunidades que, de un modo u otro, aspiran a cobrar entidad propia frente a los viejos estados y en el contexto de las nuevas asociaciones transnacionales.

De poco sirve lanzar conjuros de anacronismo cuando precisamente este reflujo local e identitario es tan constitutivo de la contemporaneidad mundial como la marea de las asociaciones transnacionales y de la globalización mediática, económica y cultural. El localismo es una de las formas

en las que cristaliza el mundialismo y en la que la era del cambio se refracta en preservación y comunitarismo. Lo vernáculo parece constituir un área temática de creciente relevancia ideológica en un contexto en el que lo global, como el frío de la intemperie, resulta imprescindible para entender la profusión de rinconeras cálidas. Realmente tiene sentido decir que el mundo se ha hecho *mundial*, y no sólo ni principalmente por la aparición de foros, instituciones y redes mundiales, sino por la particular índole de lo local que se segrega: la atomización de la ciudad a la que da lugar la accesibilidad doméstica del mundo mediante las telecomunicaciones y que implica una privatización del mundo cuyas cristalizaciones son, a un tiempo, la soledad del sujeto postmoderno y el comunitarismo asociativo vertebrado en genealogías locales.

Costumbrismo y medioambientalismo —o, si se prefiere, nacionalismo y ecologismo— son dos vertientes dominantes en la nueva geografía de las identidades colectivas y de los valores culturales y políticos. La intensa des-tradicionalización⁴ que el proceso de modernización ha supuesto en las sociedades desarrolladas y la consiguiente formalización de la conducta casi exclusivamente desde los requerimientos del sistema técnico-productivo y de consumo, ha generado la búsqueda de referencias matriciales y de criterios y saberes nutricionales, arquitectónicos, médicos y educativos pretecnológicos. De ahí que sea el redescubrimiento o reinención de ascendencias lingüísticas, culturales y medioambientales lo que suministra la cera social con la que se construyen las celdillas para la forma local de la ciudadanía global.

La reelaboración biologicista y moderna de las antiguas identidades genealógicas que supusieron las teorías evolucionista tiene cristalizaciones contemporáneas en lo que podrían llamarse las ideologías “devolucionistas”. Si la modernidad se estrenó como la época de las revoluciones nuestro tiempo parece más bien el de las “devoluciones”, es decir, la afirmación del carácter (d-)evolutivo de la realidad —y en particular de la realidad humana— y del valor de la continuidad como el contexto del reconocimiento y la identificación. Bien entendido que dicha continuidad queda pendiente de las orientaciones discrecionales de una memoria individual y colectiva que se hace temática y no tradicionalista, pues subordina y reduce la ascendencia a su utilidad como matriz identitaria desposeída de cualquier potencia de formalización axiológica. Esa desposesión impide que la de-volución devenga involución, pues no pretende la restauración de nada previo sino su evocación como criterio matricial de identificación.

La revisión y el enjuiciamiento desde patrones “naturales” de los requerimientos e imposiciones del sistema tecnológico productivo no sólo devuelve a Rousseau la inspiración dominante, sino que suspende el carácter futurizo de los paraísos como metas históricas accesibles mediante la praxis política dirigida ideológicamente. Esa praxis se dirige ahora con la

4. Cfr., Giddens, A, *Un mundo desbocado*, Taurus, Madrid, 1998.

HIGINIO MARÍN PEDREÑO

forma de la devolución a entornos de ascendencia capaces de configurar genealogías identitarias. La revolución ha dado paso a la de-volución como forma de impulso temporal dominado por la referencia a la ascendencia cultural, etnográfica, medioambiental y biológica.

No obstante, el “devolucionismo” es un giro ideológico solidario de la destradicionalización pues supone la desactivación de las costumbres como referencia axiológica dominante mediante la afirmación de su superioridad en base a criterios científico objetivos: la agricultura ecológica o la dieta mediterránea son, por ejemplo, casos de destradicionalización operada mediante la afirmación de su superioridad desde patrones científico nutricionales contemporáneos. El devolucionismo implica la restauración científicista e individualista de lo local y de lo natural, de modo que el mundialismo científicista y mercantil de lo global se refracta en las incontables iridiscencias de lo local a su paso por la clase de sujeto individual constituido sobre la base de la destradicionalización de las sociedades contemporáneas.